

vienen las madres que quieren saber cómo se cuidan los niños. Algunas los traen consigo a la escuela, allí se quedan, los ven estudiar, y ellas también aprenden. Así es como la escuela y la comunidad se van haciendo una sola cosa.

Cuando llega un niño a la escuela, nadie se cuida de él. Nadie le dice haga esto o lo otro. Se le deja solo, y pronto se hace de amigos. Tan luego como los tiene quiere hacer lo que ellos hacen y nadie se lo impide. Poco a poco se va descubriendo, y luego quiere tener una parcela de tierra en que sembrar hortalizas. Entonces tiene que aprender a escribir para hacer la solicitud. En seguida quiere adquirir semillas y tiene que pedir dinero, y tiene entonces que llevar sus cuentas y aprender algo de aritmética. No muy tardado tiene que ocurrir a la Corte a propósito de alguna disputa y al cabo puede llegar a ser un Comisario. Todo el tiempo para él es maravilloso, risueño, atareado. Así ha ocurrido que los niños delincuentes han desaparecido en los dos últimos años y el Jefe de la Policía ha escrito al Sr. Oropeza, para contarle eso precisamente. Tan ocupados están los niños que no tienen tiempo para hacer maldades, y eso, el trabajo, de todos modos les divierte más. Aun los escasos niños inadaptados, dentro de la variedad y complejidad de la vida escolar, pronto hallan algo que hacer y como nadie se cuida de ellos, van haciendo esto o aquello, aprenden lo que pueden y la escuela va creciendo.

Dice el Sr. Oropeza: «Amo a los niños y ellos me enseñan». Una vez añadió: «Bastaría que más personas quisieran venir y de los niños aprender, para que luego México dejara de romper sus hilos y viviera». Y así el milagro de los milagros se está operando. Será un niño el guía.

#### Nota adicional. 1923

Está creciendo la escolita. Es una de las primeras cosas que he sabido al regresar este año a la ciudad de México.

Nuevos progresos han ocurrido. Problemas nuevos se han presentado y descubrimientos nuevos se han hecho y con mayores dificultades aún ha habido que luchar. Los maestros están esperanzados. Se ha hecho mucho—hay que hacer mucho más—y de un modo u otro por sí se hará.

Las actividades organizadas de los niños son mayores en la vida de la Colonia de la Bolsa que en años pasados. Tal vez sea este el más notable progreso de la escuela desde que la visité por vez primera.

El vecindario interviene más en la escuela y siente su influencia en varios aspectos.

La limpieza de las calles continúa. Los niños con sus escobas invaden la comunidad todas las mañanas y amontonan las basuras. Han llegado a competir con los mayores del vecindario en la limpieza de las calles. Los niños empezaron limpiando las cuadras cercanas a la escuela. Los viejos, picados, tomaron parte y como se unieran a los niños en la tarea, algunos poco a poco se vieron empujados a las calles próximas, en donde el amor a la limpieza no se había estimulado aún. Y así ha sucedido. Los niños invaden una calle. Los viejos, avergonzados de su pereza, se reúnen en la calle con escobas y obligan a los niños a explorar campos nuevos, al paso que cierta rivalidad se manifiesta entre los mayores en las diversas esquinas. Los niños así han llegado a ser iniciadores de una empresa que sus padres prosiguen.

El plan del último año [para la construcción de casas públicas confortables en el vecindario cayó a causa de múltiples dificultades políticas y económicas—especialmente porque se descubrió que eso implicaría una remota posibilidad de reconstruir el servicio de aguas de la ciudad de México para darle a la Colonia de la Bolsa drenajes apropiados; y así un método nuevo—el de abrir fosos profundos y empleo de cal—el tipo

usado en los acantonamientos del ejército estadounidense—se desarrolló y los niños abrieron el primero, y vigilaron la excavación de los otros. Más de cien de estos hoyos se han hecho ya y en cada caso, los niños han vigilado la obra e instruido a los viejos en el modo de llevarla a cabo.

La escuela ha construido para sí un baño y la Colonia ha dado sitio para un baño público—pero no tienen dinero con qué comprar los materiales. Los medios de la escuela son múltiples. La escuela nocturna en que se congregan los mayores ha llegado a ser una especie de Gobierno local. Las necesidades de la comunidad se discuten y se resuelven allí. La escuela nocturna mantiene limpio el vecindario por empresa cooperativa; un dispensario se ha organizado por cooperativa—cinco centavos semanales—y un doctor; medicinas y gastos de entierro se proveen, en tanto que los alumnos de la escuela nocturna hacen de enfermeros por turno. La escuela nocturna ha desarrollado una Comisión para madres, y se han cuidado después más de cien niños y se han dado nociones de higiene los martes y jueves a las 11 a. m.

Su recientemente descubierto interés por el aseo tiene varias manifestaciones. Los sábados, los niños distribuyen en el vecindario tarjetas impresas en que se dan instrucciones acerca del aseo en casos especiales: «Cómo matar las moscas», «Cómo limpiar los colchones», «Cómo librar a los perros de las pulgas». La gente aguarda estas instrucciones el sábado por la mañana y se apronta a aplicarlas. Un sábado los perros de la vecindad fueron cogidos y restregados. Aullaron los perros para dar las gracias en su nueva afición y parecieron escépticos y algo avergonzados del baño inesperado.

La influencia de los niños ha reducido la embriaguez y algunas de las pulperías del vecindario han cerrado sus puertas, al paso que otras han rogado y tratado de sobornar al maestro para que abandone la enseñanza de la temperancia.

La escuela nocturna elige, por cada patio en que hay varias familias, una especie de inspector que los observa y que informa a la escuela de cuanta incorrección ocurra. Cierta vez un capataz y una banda de ladrones se estableció en uno de estos patios y la escuela nocturna envió al capataz una comisión para rogarle que se fuera a otra parte o si no que desocupara el lugar. «¿Por qué no podemos quedarnos aquí?», preguntó—«Porque Uds. perjudicarán a los niños», replicaron. «¿En dónde están vuestros niños?» Replicaron: «En nuestra escuela». El capataz de los bandidos vino y vió a los niños que trabajaban en sus parcelas y se ocupaban en sus cooperativas y dijo: «Si, creo que Uds. tienen razón. Mis hombres y yo no seremos buenos para vuestros niños». Así él y sus secuaces se alejaron del vecindario. Esta es una muestra de la curiosa influencia de la escuela en el vecindario. Los niños están enseñando a sus padres a no decir malas palabras, al menos a no hacerlo tanto. Y hace poco imprimieron y distribuyeron una tarjeta acerca de «Por qué los padres no debieran regañar a sus hijos».

La escuela nocturna ha tenido éxito en la protección de los niños que en la estrecha pobreza de sus hogares han dormido siempre en el cuarto con los mayores de la familia y ha obtenido en cada patio una pieza situada a un lado, para dormitorio de los niños y éstos han instruido a los padres en el uso de los pantalones, vestido que muchos de los más viejos habitantes nunca han adquirido, usando en vez de eso un mandil.

En cien aspectos la escuela se ha desenvuelto y ha crecido y no puedo referirme a todos. Probablemente el aspecto más interesante del progreso de los últimos años ha sido el desarrollo de las cooperativas de niños en la escuela. Esto es, un cierto número de niños organiza una cooperativa con un determinado propósito. Cinco había cuando estuve última-